

EL LIMÓN

Por Raúl Hernández Garrido

Soy una mujer independiente. Tengo 38 años y desde que murió mi madre hace seis que vivo sola. Me gusta vivir sola y no depender de nadie más. Desde los 21 trabajo como administrativa y hace más de una década que desempeño labores de secretaria de dirección en importantes empresas. Me gusta mi trabajo y sé que lo desempeño a la perfección. Considero parte de mi cometido interesarme por mis jefes y por todo lo que les afecte. Siempre lo he hecho así, y no pienso dejar de hacerlo en el futuro.

Mi empresa actual se dedica a la importación y exportación de mobiliario de alta gama. Nuestras actividades se extienden por medio planeta y son dirigidas por una mujer, mi inmediato superior. No por ser mujer es peor profesional que otros directivos que he conocido. Todo lo contrario. Cristina Sáez de Velilla –ése es su nombre- es mayor que yo. Cincuenta ya cumplidos, aunque aún resulta muy atractiva. Guapa, elegante, distinguida. Se ve en la manera en que entra por la mañana en el despacho, tan discreta, como si hubiera salido por un momento y ahora volviera para seguir con una labor ya empezada. Y sin embargo, emana de ella un aire que es imposible ignorar: todos callan con expectación cada vez que abre la boca o que va a hacer algo.

La forma en que se viste demuestra gusto y saber estar al combinar con elegancia y sencillez un amplio e insospechado abanico de colores, estilos, formas. Ella sabe cómo hacer que cualquiera se sienta cómodo a su lado. Aunque de alguna manera, nunca olvidamos que ella es la jefa, que ella es, de alguna forma, superior.

Cristina lleva la empresa de forma impecable. Tan pulcra, tan encantadora, con tanta clase, nadie podría imaginarse que para los negocios es calculadora y fría, implacable: sin escrúpulos. Gracias a ello, ha logrado doblar en menos de dos años el patrimonio de la empresa, y extenderla fuera de Europa. El año pasado le acompañé a la India para buscar nuevos socios. Nosotros proporcionaríamos a los indios la comercialización en Occidente de sus productos; ellos nos los facilitarían a unos precios imposibles para los

suministradores de las empresas de la competencia. Cristina sabe muy bien relacionar gente que pudieran tener intereses cruzados pero que nunca podrían saber los unos de los otros. Ella sabe jugar con las necesidades de cada grupo y reservarse la información suficiente para lograr más beneficio que nadie, sin que nadie de las otras partes pueda sospechar de sus estrategias. Al final todos y cada uno se creen los más beneficiados, y hasta se disculpan con Cristina, porque les parece que no gana nada en esto, que incluso con ella nuestra empresa pierde dinero.

Este año el objetivo de Cristina ha pasado a Corea. Está aunando ciertas necesidades de los países nórdicos con los intereses de empresas de Corea, que se veían apartadas del mercado por los grandes holdings de Oriente. Cristina habla con fluidez inglés, además de francés e italiano. Yo misma domino el inglés, el alemán y el francés. Pero ella sí que tiene un don especial para los idiomas. Eso le permite, con solo dos o tres semanas de margen, sumergirse en cualquier idioma hasta ser capaz de sostener, nada más bajar del avión, conversaciones básicas con sus posibles clientes. Cristina sabe que todos esos detalles son importantes.

Me encargué de organizar el viaje. Primero a Suecia. Cinco días después, a Corea. Y pasadas dos semanas, vuelta a España, seguramente con todos los objetivos cumplidos. Esta vez yo no le acompañaría. Me quedé como su persona de confianza al frente de la empresa. Me dejó claramente marcado qué hacer en ciertos supuestos. Del resto, me dijo con una sonrisa, yo debería decidir. Educadamente, le devolví la sonrisa, pero Cristina ya se había vuelto hacia la puerta.

Se fue en su avión y la empresa quedó a mis órdenes. Todos los días yo me encargaba de mandarle un resumen que le mantendría al tanto de todo. Justo estaba haciendo el de aquella jornada, cuando la tranquilidad de mi departamento se vio alterada por unas voces inconfundibles. Al otro lado de la puerta, oí unos golpes fuera de lugar, y al abrirse ésta de golpe, apareció Eduardito. Metro noventa, atlético, vestido de sport, aunque siempre de marca, el pelo siempre alborotado. Eduardito es muy amigo de Cristina, aunque nadie entienda que a una mujer tan culta y con tanta clase le haga gracia un buscavidas. A Eduardito le gusta molestar, y tiene talento especial para

aparecer en el peor momento y soltar siempre el comentario más inconveniente. No se disculpa luego por ello. Por eso yo digo que Eduardito es un misterio, el misterio que guarda Cristina. Se sienta encima de mi mesa, arruinando varios informes que tendré que volver a imprimir. Suelta un par de chistes machistas, y me mira el escote de forma descarada. Algunas le considerarían un partido. Soltero, las propiedades de su familia son realmente considerables. No es para nada feo, y demuestra gusto para vestir bien y un talento natural para elegir restaurante. Él no es mi tipo. Por eso, no sé por qué accedí a cenar con él. Supongo que esa habilidad especial con los restaurantes fue lo que me decidió a desperdiciar una noche de mi vida con ese hombre.

Naturalmente, no le dije nada a Cristina de esto. La semana siguió de forma habitual, hasta la víspera de que llegara Cristina. Llamé a Eduardito para corresponderle invitándole yo a cenar. Pero no respondió a mi llamada. Ya era tarde, y no quedaba nadie en todo el edificio. Repasé mi despacho de forma meticulosa antes de salir de la empresa. También revisé el de Cristina. Me dirigí a su caja fuerte. Sabía muy bien la combinación, mejor que ella, que tenía que mirarla siempre de su iphone. Abrí la caja y saqué de ellos los libros donde figuraban, sin ningún tipo de maquillaje contable, las verdaderas cuentas de la empresa. Desde que Cristina tiene confianza conmigo, sé de estos libros, y tengo acceso a ellos. Sin duda, que los accionistas se hubieran sorprendido mucho de ciertas maniobras que no se relacionarían con la imagen que tienen de Cristina. Todo esto es por el bien de la empresa, estoy de acuerdo. El fin es bueno, aunque los caminos para llegar a ellos sean un tanto caprichosos.

Ya en casa, no tenía ganas de hacer mucho más. Abrí la nevera y saqué de ella lo primero que me vino a mano. Un par de limones. Los puse sobre la tabla de madera y con el cuchillo los partí en dos. Luego, estrujé cada una de las mitades hasta que exprimí su jugo. Los limones estaban un tanto secos, pero conseguí llenar más de medio vaso. Me lo bebí de un trago, sin detenerme a respirar. No estaba del todo amargo. Aunque sí había demasiados grumos. Bajé todas las persianas de la casa. Decidí, mañana no iría a trabajar. Mañana me quedaría en mi casa de mujer solitaria e independiente y no me levantaría hasta el mediodía. Luego, reservaría una mesa en el mejor

restaurante de la ciudad. Pero esta vez la mesa sería para mí sola. Ya consideraría lo que haría luego.